

El Duque de Alba busca unas monedas

Fernando Tomás

La trayectoria del escritor castellonense Manuel Vicent está avalada por una larga bibliografía que alcanza los cuarenta libros, por premios como el Nadal o el Alfaguara, que además ganó en dos ocasiones, y sobre todo por la calidad de algunos de sus títulos, como *Son de mar*, *Tranvía a la Malvarrosa* o *León de ojos verdes*. Acostumbrado a compaginar el mundo de la creación literaria con el del periodismo, uno y otro ampliamente representados en sus publicaciones, tal vez sea en este nuevo trabajo, *Aguirre, el magnífico* donde mejor ha encontrado el punto de unión de ambos, puesto que el libro tiene tanto de novela como de reportaje y en los dos sentidos la reconstrucción de una figura menor de nuestra historia como lo fue el último marido, por ahora, de la Duquesa de Alba, el cura Jesús Aguirre, es magnífica precisamente porque además de ser el protagonista de la obra es su disculpa, ya que el lector sigue con interés la trayectoria vital de aquel hombre que al emparentar con la nobleza colgó su traje de persona normal lo mismo que antes había colgado los hábitos, para sumarse a un mundo de palacios con cuadros de Goya o Velázquez colgados en las paredes.

Pero Jesús Aguirre, según el retrato que hace de él Vicent, distaba de ser un desconocido, y aún menos un ser anónimo, antes de emparentar con la casa de Alba. Muy al contrario, en *Aguirre, el magnífico* encontramos a un hombre que tanto cuando fascinaba a la progresía madrileña con sus misas revolucionarias como

Manuel Vicent: *Aguirre, el magnífico*. Alfaguara, Madrid, 2011.

cuando prefirió descender del altar para impartir sus sermones en los cafés de la ciudad, atesoraba un magnetismo extraordinario y estuviera donde estuviera era capaz de hacer que todo girase a su alrededor. Su verbo florido y su mala lengua parece que ayudaban bastante a la hora de convertirlo en el centro de todas las reuniones, en las que se mezclaban la política y la ideología de un modo que hoy, desgraciadamente, casi parece extraño, porque hemos llegado a sustituir pensar por votar, como si eso fuera todo, sin darnos cuenta de que haciendo lo primero intervienes y haciendo lo segundo nada más que participas, que no es igual. La recreación del ambiente de aquellos tiempos en los que la política era participativa y reflexiva, es uno de los puntos fuertes de esta nueva creación de Vicent.

El otro lo forman las pinceladas profundas con que dibuja al propio Jesús Aguirre, un ser que parece a la vez siempre superior y siempre insatisfecho, como le ocurre por otra parte a muchas personas acomplejadas, y una persona torturada por la lucha interior que sus deseos y sus ambiciones parecían mantener dentro de él, entre otras cosas por su homosexualidad contenida de cara al exterior. Si recrearse en la suerte, Vicent deja algunas estampas de Aguirre apostado en algunos lugares estratégicos de la ciudad a los que iba a buscar jóvenes con los que vivir una aventura, o siendo expulsado por su esposa del Palacio de Liria cuando ésta, según algunos rumores, lo sorprendió en la cama con uno de los jardineros a sueldo de los Alba.

Ese asunto, el de los rumores, es otro de los atractivos de *Aguirre, el magnífico*, porque resulta admirable el modo en que Vicent maneja la información que sobre el Duque consorte corría en voz baja por los ambientes literarios y periodísticos, porque al final tenemos también a nuestra disposición la figura imaginaria de Jesús Aguirre, esa que de él y de cualquier otra persona nos formamos no al oír lo que dice sino lo que se dice de él. El rumor no es el espejo del alma, pero puede ser su sombra, en algunas ocasiones. La de cualquier persona y la de quienes la rodean: que Aguirre recibiera, según se contaba y repite Vicent, una asignación mensual que casi no le alcanzaba para comprar tabaco y que eso le empujara a pasar las noches husmeando en las cocinas del palacio a ver si encontraba alguna de las propinas que se dejaban

allí para recompensar a los mensajeros o transportistas que iban a llevar diferentes cosas a la mansión, define a la Duquesa más que a su marido. Esa estampa puede ser inventada, pero coincide con la de Aguirre marchándose sin pagar de todos los bares a los que iba con sus amigos, que recuerdan su falta de liquidez y lo que ella le contrariaba, por mucho que intentase disimularla a base de hacerse el Duque.

Pero Vicent maneja además material de primera mano, extraído de sus encuentros personales con el Duque, a quien presenta como un hombre caprichoso, agudo, irónico, en ciertos momentos cínico, siempre seductor, a veces descarado, tendente a comportarse con afectación, caprichoso hasta el punto de obligar a su mujer a comprarle un palacio en Venecia, aficionado al arte y a la poesía, esto último hasta el punto de que llegó a publicar un libro de versos que en su momento fue muy comentado, y nunca del todo a gusto consigo mismo, preso de diferentes traumas y conflictos personales, aunque también de una ambición que nunca lograba contener y que lo condenaba a vivir igual de insatisfecho mientras anhelaba algo que cuando ya lo había conseguido.

Finalmente, también es *Aguirre, el magnífico*, un libro muy divertido, con momentos tan inolvidables como aquellos en que describe a Manuel Fraga como un amante apresurado, de los que dejan el taxi esperando en la puerta de la mujer a la que van a visitar, a la cual abordan de pie y con los pantalones por los tobillos y de cuya casa salen quince minutos más tarde igual de rápido que entraron, para volver a subirse al taxi y ordenarle al conductor que lo lleva al bar más próximo a tomar una ración de calamares. Sin embargo, bajo la risa siempre hay un fondo de tristeza, porque su Duque de Alba y la España de aquel momento eran así, tragicómicos. Todo ello lo cuenta de manera extraordinaria Manuel Vicent en este libro ©